



ESCENAS DE LA VIDA DEL GENERAL  
D. JOSE MARIA MORELOS Y  
PAVON

---

1

Acababa de tronar el grito de libertad en Dolores, el pueblo mexicano había despertado á una vida de gloria: veloz como el relámpago se había difundido el entusiasmo patrio hasta los más remotos confines del Continente, y las sangrientas escenas de Guanajuato tenían conturbados á nuestros audaces dominadores.

La voz de un Párroco sexagenario, poco antes entregado á las tranquilas ocupaciones de la ciencia, la industria y los deberes de su ministerio, fué una convocación de guerra que encontró eco en todos los corazones.

Desde el opulento hacendado hasta el humilde labrador; desde el sesudo letrado hasta el indio abyecto, todos se improvisaron guerreros y en chusma turbulenta y desordenada salían de la capital de Valladolid con dirección á México.

Digna de Tito Livio era la pintura de un ejército de más de sesenta mil hombres, la mayor parte medio desnudos en marcha confusa, armados de hondas, de palos, de picos, de fusiles, de machetes, y de instrumentos de labranza, enarbolando lienzos de distintos colores, llevando algunos de ellos la Imagen de la Virgen de Guadalupe; empapados otros en la sangre vertida á to-

rrentes en "Granaditas," y esta multitud mezclada de mujeres, de niños, y de ancianos, todos entusiastas, todos con un solo corazón para sentir el fuego de la libertad, y con una voz que lanzaba un anatema de exterminio contra la España.

En un pueblecito miserable, llamado "San Miguel Charo," distante cuatro leguas de Valladolid, mientras atravesaba el llamado ejército, recibían los obsequios de una persona particular los primeros caudillos, en una casita de la plaza.

Se hablaba con orgullo de las pasadas victorias, se recordaban con alegría los heroicos hechos, se soñaba en lauros y renombre, y la alegría y el entusiasmo regocijaban los pechos y daban animación á los semblantes.

Entre tanto, sonaban fuera de la casa los gritos de la chusma belicosa, que vitoreaba á sus jefes idolatrados, al pasar frente al lugar en que estaban posando.

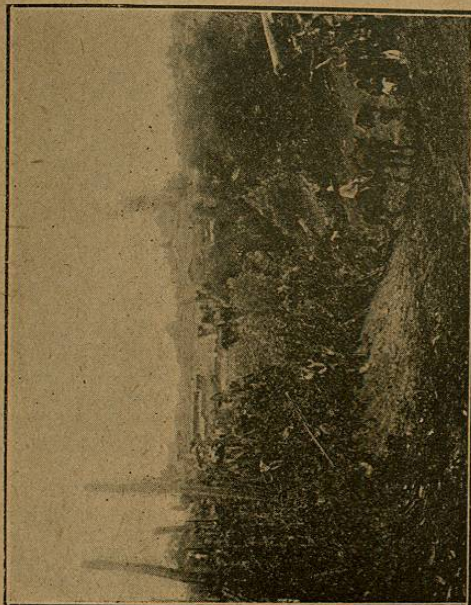
Mientras la oficialidad, en su mayor parte no muy subordinada ni circunspecta, bebía y charlaba estrepitosa en un extremo de la mesa, en el otro conversaban con calor dos personajes, que quiero describir.

Era el uno de cabello cano y frente morena y espaciosa, su mirar concentrado y enérgico, su nariz aguilena y su cabeza inclinada hacia adelante, qué sé yo si por el peso de los años ó agobiada por sus grandes concepciones, como se doblega la rama cargada de frutos.

Formaba contraste con tan grave personaje, el joven con quien hablaba; sería su edad como de treinta años ó treinta y cinco á lo más, sus maneras francas, su frente espaciosa; pero cubierta por sus rizados cabellos rubios, que caían sobre ella en desorden, su mirada ardentísima, su hablar resuelto, y su continente marcial.

—Señor Cura, decía, déjeme usted con mis dragones, que ¡vive Cristo! que no me queda ttere con cabeza y créase usted que mientras no se discipline esa chusma, no vale un camino.

—Sin embargo, señor Don Ignacio, ella ha vencido en "Granaditas," y sesenta mil



Panorama de Charo, pueblo donde Hidalgo y Morelos tuvieron su única entrevista

hombres, y valientes, no son fáciles de destruir; además, sé que ellos aprenderán.

—¡Sesenta mil hombres! véalos usted, unos cargan con sus hijos, otros quieren ir en formación como quien va á una romería, y hace poco, ¡voto va! que me tuve que echar á pechos un vaso de aguardiente, para desengañarlos que no tenía veneno....

—Usted lo quiere todo en una hora.

—No, señor: quiero que el soldado sea soldado, que se subordine, porque si no, ¡vive Dios!.... Vea usted....

—Vamos, calma, que todo se remediará.

—Pues á ese paso....; pero yo los arreglaré: fuera mujeres, fuera muchachos, su ejercicio, su ordenanza.

—Esos son castillos en el aire: tienen escuela donde aprender, y parece que no han estado muy torpes en la primera lección; dígalo "Riaño."

Más se hubiera acalorado la conversación, si la presencia de un personaje que se acercó con paso tímido, y rozó con su vestido el respaldo de la silla, en que estaba uno de los interlocutores, no hubiera interrumpido la conversación.

Era un hombre de regular estatura, pero robusto; su color trigüeño, un poco pálido; el cabello áspero caía sobre su frente con descuido; su barba terminaba como una línea á la mitad de su carrillo; su ceja era fruncida, y su nariz roma; su labio superior, tosco, con una ligera expresión de sonrisa; pero en sus ojos ardientes, penetrantes y vivísimos, revelaba una alma enérgica y emprendedora.

Acercóse, como he dicho, con embarazo y poca gracia á los personajes descritos, y con dificultad expresó tartamudeando, que deseaba se le admitiese en la clase de Capellán del ejército, para lo cual tenía licencia.

—¿Cómo es eso? ¿Se resuelve usted á abandonar su curato?

—Sí, señor.

—¿Y está usted decidido á cambiar una vida tranquila por nuestras aventuras?....

—Hace tiempo que lo estoy....

Hablaron luego en voz baja los tres que sostenían el diálogo, mientras los curiosos y la oficialidad burlona y maligna se di-

vertía á costa del original Capellán que iba á tener.

—¿Han visto ustedes una figura más poco militar? ¿Quién lo conoce?

—Es el Cura de Carácuaro.

—¿Cómo se llama?

—No recuerdo; pero se cuentan de él mil extravagancias.

—Es un hombre "oscuro, sin carrera."

—Dicen que es hijo de un carpintero, que se dedicaba hace algunos años á la arriería. que en uno de sus viajes compró en México un Nebrija, y después de estudiarlo, cuando tenía 25 años, se le metió en la cabeza ser clérigo.

—Estamos haciendo tal adquisición de padres, que se hace increíble cómo anda el diablo tan suelto entre nosotros.

—Silencio, oiremos lo que responde: acaba de preguntarle el señor Cura, que cómo se resolvió á seguirnos.

Callaron todos, y se oyó la voz del Cura de Carácuaro que decía:

—Vine, como dije á ustedes, á Valladolid, en fines del año pasado, á la casa de mi hermana; convidáronnos á un coloquio, y no faltó allí quien hablase del tumulto de Iturrigaray, y las prisiones ejecutadas en aquellos días (la voz del Cura se animaba gradualmente), no sé lo que sentí; se me representó nuestra opresión, nuestro oprobio, y concebí un odio contra los tiranos, que me tuvo inquieto y engendró espontáneo y eterno un pensamiento de combatir por la libertad de mi patria....

—Bien, muy bien.

—Retiréme con esa idea, proyecté construir un fortincito en mi curato, soñándolo punto de defensa; allí á mis solas, después de mis trabajos, pensaba en ejércitos, en asaltos, en victorias, y lloraba después al ver mi ignorancia en todo.

Al decir esto, su voz era de trueno, su mirar imponente, tenía arrebatado y enterrecido á su auditorio....

—Padre: me parece que mejor ha de ser usted un General que un Capellán. Vamos, déjese usted de cosas, arroje la turca y cargue contra el mundo si se nos opone.

—Un pliego de papel....

Llevaron el papel, escribieron, y al calca firmó el anciano que estaba en la cabecera de la mesa:—"Miguel Hidalgo y Costilla."

—Con que, lo dicho: á revolucionar el Sur, y véamos si de aquí á algún tiempo recibimos cartas del Coronel Morelos, que anuncian que han olido su pólvora en Acapulco.

—¡Camarada! venga un abrazo: si algo se ofrece, cuatro letrajos, ya sabe usted, "á Ignacio Allende," y ¡vive Cristo! que aquí está un corazón que sabe ganarse amigos.

Quedaron unos murmurando, otros aplaudiendo al Coronel Morelos, mientras éste, silencioso y modesto, tomó su camino para su curato, sin más auxilio que el del cielo; pero ufano, con el pensamiento audaz de dirigirse á Acapulco dentro de pocos días.

## II.

Transladémoños ahora al cerro del Veldero, situado en la costa de Acapulco: el Cura de Carácuaro acababa de llegar con cerca de 700 hombres; mientras su tropa se alojaba y disponía á resistir al enemigo,

—Galeana, dijo á un oficial: ¿dejó usted recomendado á Avila el Ahuacatillo?

—Sí, señor....

—¿Y ese "Niño" cuándo le llora en el oído á París?

—Yo creo que para principios de Diciembre entrante lo tenemos encima, y estaremos en apuros.

—¡Apuros! En poca agua se ahoga usted. ¿No vé usted que salí del curato con dos "trabucos y una carabina descompuesta," y ahora ya hasta artillería tenemos?....

—Sí, artillería, un cañón "Niño."

—Ese "Niño" ha de dar muy malas noches á los "gachupines:" no se olviden las avanzadas por "las Cruces y San Marcos."

—No, señor.

—Vaya usted, que yo mientras soy Ingeniero, con cueros de res y con ladrillos.

El día 8 de Diciembre de 1810, serían las ocho de la mañana, cuando distinguieron á Don Francisco Páris, que venía sobre el campo de Morelos con 1,500 hombres; éste

hizo al principio varias tentativas para evitar un rompimiento en que iba á derramarse sangre de hermanos; todo fué en vano, empeñóse la lid, las fuerzas de París combatían con increíble denuedo; el señor Morelos resistía con igual intrepidez. Montado en un brioso caballo, con su lanza en la mano, recorría los puntos más comprometidos, animaba con su ejemplo á los soldados, distribuía sagaz las fuerzas, se multiplicaba en sus acertadas disposiciones, y una no desmentida serenidad infundía esfuerzo á sus soldados.

A la caída de la tarde retiróse el enemigo, avergonzado, y las fuerzas insurgentes proclamaron con delirio el nombre de su jefe.

No era aquella gente una chusma desordenada que atacaba en grupos, que se descarriaba desobediente, no; eran soldados subordinados que con regularidad y con destreza se defendían.

París se retiró á "Jonaltepec" para volver de nuevo á la carga, después de reponerse un poco.

No perdió un instante Morelos, entabló negociaciones secretas en el campo enemigo, se impuso de sus oficiales, de las cualidades de éstos, lisonjeó á los descontentos y se relacionó con ellos, siendo de los principales un Capitán, "D. Mariano Tabares," ofendido por haber sido preso en aquellos días, porque desaprobó la prisión de Iturrigaray.

### III.

Era una noche obscurísima: el ruido de las olas y el grito de ¿quién vive? de los centinelas interrumpía solemnemente el silencio: el señor Morelos paseaba inquieto en su cuarto, reflexionando su crítica posición, por la carencia de víveres, y conociendo que necesitaba una victoria para acreditar su nombre é inspirar confianza á sus soldados, fijó el codo sobre una mesa que allí había, apoyó su frente abrasada en su mano, después tomó una pluma, trazó algunas líneas, y una expresión de júbilo bañó su semblante.

—Señor ayudante, exclamó, que me llamen á Don Julián Dávila

A pocos momentos se presentó éste:

—¡Señor!

—Búsqueme usted á Don Marcos Landín.

En presencia de los dos extendió Morelos el papel donde había trazado las toscas líneas, y poniendo un eslabón en manos de uno de ellos, para que sirviese de contraseña, les dejó partir.

Los soldados no sabían dónde los llevaban. La mayor parte de ellos quedó oculta en un bosque.

Repentinamente rompió la obscuridad el relámpago vivísimo de sesenta armas de fuego disparadas por los insurgentes en el centro del campo enemigo, poblaron los aires los gritos de ¡viva Morelos, y mueran los tiranos! Introducida por la inesperada descarga la confusión, muchos huyeron espantados, otros se rindieron, y París mismo, lleno de pavor, salió disfrazado del campo, preguntando por Morelos, ardid que le salvó la vida.

La sorpresa anterior reveló á la luz de la victoria, no á un guerrillero temerario y constante, no la mano que ejecuta á ciegas su venganza, sino la inteligencia sagaz y combinadora, terrible en el enojo: era la fuerza dirigida por el talento, combinación hasta entonces descuidada entre los insurgentes.

Ochocientos prisioneros, setecientos fusiles, cinco cañones, y algunas cargas de parque, víveres y dinero, fueron el resultado de esta empresa gloriosa

Poco tiempo reposó Morelos á la sombra de sus nacientes laureles. Uno de los días de Febrero de 1811, serían las cuatro de la mañana cuando á cierta distancia de la fortaleza de Acapulco brillaba en el campo una luz solitaria, defendíala del viento un farolillo, la tropa marchaba en el mayor orden y silencio, se oía el rumor de las pisadas, y las toses reprimidas de los soldados.

El señor Morelos marchaba risueño como siempre que se veía frente al peligro.

—Señor Cura, mucho temo una traición, porque no han contestado con su luz á la de nuestro farol.

—Tengo dadas mis disposiciones; creo que "Gago" no nos venderá; pero siempre y desconfiando, he distribuido la tropa de modo que no toda se comprometa: que no mueran el farol de "Puente de Hornos."

—Mi General, avanzaremos nosotros, daremos la contraseña y después irá usted.

—No, marchemos adelante, muchachos.

Llegó la tropa hasta la puerta de la fortaleza, parecía ésta desierta, mantúvose algunos momentos indecisa la tropa, nada interrumpía el silencio.... Oyéronse unos pasos, y por la cerradura preguntaron con misterio:

—¿Viene ahí el señor Cura Morelos y el Comandante Tabares?

Morelos dijo á otro que respondiese que no; hizo así, y á esta palabra se coronó súbitamente el castillo de gente, parecía un volcán la fortaleza, retumbaba el suelo con el estampido de la artillería, y eran tan redobladas y sostenidas las descargas, que brillaban los alrededores del castillo como si éste se hubiese incendiado; la reflexión del fuego en el foso, el silbar de las balas, las nubes de humo rasgadas por los relámpagos de nuevas descargas, y sobre todo la sorpresa, desordenó al ejército insurgente; sólo Morelos, en pie y tranquilo, parecía complacerse en aquel espectáculo terrífico.

Conociendo que era mengua que huyesen sus soldados, los exhortó á volver el frente al enemigo; revolvíanse indecisos, tronaba su voz ahogando la grito de la soldadesca española, y oyéndose entre el estrépito de los cañones: por fin, desbándase su gente y emprende la fuga.

—Corréis, cobardes, exclamó iracundo, yo les pondré un puente que facilite el paso; y tomando la delantera de la tropa, se arrojó al suelo en un estrecho de preciso tránsito. Los soldados retrocedieron espantados á vista de aquella barrera, levantaron á su General, y se unieron á su derredor con entusiasmo.

—¿Por qué huyen ustedes? ¿No estábamos ya fuera de peligro?

## IV.

El Virrey Venegas conoció la superioridad temible del nuevo campeón que saltaba á la arena, y mandó numerosas fuerzas para que lo persiguiesen; pero como la relación minuciosa de sus encuentros y victorias no es de mi objeto, ni posible de reducirse á los límites de un artículo, dejo al exacto biógrafo tan preciosos materiales, para elevar una sublime columna de honor á su héroe, mientras yo, cambiando las decoraciones de mi teatro, traslado la escena al frente de Tixtla, ocupada entonces por los Comandantes españoles "Cosío" y "Guevara."

Brillaba la feliz aurora del 12 de Agosto de 1811; el alegre toque de diana despertaba al soldado, para que realizase sus sueños belicosos; el cañonazo de saludo era como el himno á la salida del sol, y el ruido de las armas, el relinchar de los caballos y todos los aprestos militares indicaban la proximidad de la batalla.

El sol doraba el campanario del pueblo de Tixtla, coronado de tropas realistas y fortificado, lo mismo que la plaza del "Calvario," que dejaba ver de trecho en trecho en sus reforzadas trincheras aprestada la gruesa artillería.

Pero el humilde Cura de "Carácuaro," aquel hombre obscuro y sin carrera, había desplegado su vuelo de relámpago, y era el General adulado, por la victoria, y había caminado desde la ardiente costa de Acapulco hasta Tixtla, bajo un dosel de laureles; sus criados, que eran entonces toda su compañía, se habían tornado en un ejército respetable, valiente y moralizado, y en su derredor levantaban sus frentes los Galeanas, los Matamoros y los Bravos.

La campaña es el festín del soldado, por eso se impacientaban los insurgentes á la vista de Tixtla y por eso un clamor de júbilo mezclado á la música y los vivas, respondió al primer cañonazo disparado desde las trincheras de aquel pueblo, á las nueve de la mañana.

El cielo estaba sereno, el campo alegre, y por la atmósfera tranquila subió lenta la

columna de humo de los primeros fuegos. Morelos continuó su conversación llena de donaire y cuentos oportunos, mientras las granadas reventaban á su frente, y se cruzaban las balas en todas direcciones; tenía su traje sencillo, su "chaqueta de lienzo," su pañuelo blanco cuidadosamente amarrado en la cabeza.

Repartieronse en orden las tropas: al principio se interrumpió el tiroteo, después empeñóse en una parte, en otra; hizo se por fin general: una nube espesa ocultaba la población y el campo: como sombras veíanse discurrir los soldados y surcaban las ráfagas de fuego de las descargas, y las llamaradas del cañón, aquel humo negro, y amarillento, por el resplandor vivísimo del sol.

Defendíanse los realistas con una intrepidez increíble: con encarnizamiento combatían los insurgentes; retemblaba el suelo al estampido de los cañones, y los ecos de la música marcial enardecían las almas y levantaban clamores entusiastas, entre los que se percibían el resollar de los caballos fatigados ó el gemir doliente de los moribundos.

¿Se alzaba la llama del cañón en un punto comprometido? Alumbraba la frente impenetrable de Morelos que alentaba á sus compañeros. ¿Retumbaba un acento en medio de la más empeñada refriega? Era la voz de Morelos.

¿Cundían en el aire mil vivas alegres? Era la presencia de su General, á quien lo saludaban como á un Dios, con ternura, con la seguridad de vencedores.

El combate se prolongaba, manteniéndose indeciso hasta más de la mitad del día, aunque el esfuerzo no minoraba: en las tropas insurgentes se comenzó á notar la escasez de parque, que se hizo muy sensible á la caída de la tarde; en estas circunstancias empeñóse una vivísima lucha en una batería enemiga, se distinguía allí por su arrojo temerario un joven moreno, de ojos rasgados y vivísimos, y que reía en medio del asalto, dejando ver su dentadura blanquísima.

El muchacho alegre, insolente, todo lo

animaba, y su alborozo inspiraba ardimento y placer; de repente desaparece de entre sus compañeros, deslízase arrastrándose como una serpiente bajo la cureña contraria, y al ir á dar fuego un artillero, dispárale un tiro, apodérase del cañón, levanta en sus manos un saco de pólvora, y lleno de gozo les grita á sus amigos:—"Ya tenemos parque."

Este incidente influyó no poco en aquella acción; los realistas se defendían con despecho; el sol estaba al ocultarse, suspendido en el borde del horizonte, cuando una llama cárdena penetró entre el torbellino de humo, y gritaron: ¡¡quemazón!!

Efectivamente, comenzaron á arder las principales casas del pueblo, crugían las vigas, y de tiempo en tiempo se desplomaban los techos, cesando las llamas para preparar después serpenteando en las paredes y levantarse terribles.

La confusión no tuvo límites, los lloros de los niños, los alaridos espantosos de las mujeres.

Los realistas, despavoridos, refugiáronse en la Parroquia, sonaron las campanas, y el Cura de ella, agente servilísimo de los españoles, se presentó en la puerta de la iglesia: Morelos le mandó que se retirase, y no perdió momento en reparar las fortificaciones, previendo que podía ser hostilizada aquella plaza.

## V.

Después de dejar guarnecido el pueblo con 104 hombres al mando del intrépido Galeana, pasó Morelos á Chilpancingo, donde se solemnizaba con diversiones públicas la Asunción de Nuestra Señora, patrona de aquel pueblo.

En el mismo día se supo en Chilapa, cuartel general de los españoles Fuentes y Recacho, la salida del señor Morelos y la falta completa de parque de los de Tixtla.

Fuentes precipitó su marcha, y penetró con aire triunfal por algunas calles del pueblo; pero al llegar á las trincheras de la plaza, encontró una resistencia que no esperaba.

En medio de las diversiones dieron á Morelos esta noticia en Chilpancingo, y le pedían parque con suma urgencia; pero aunque en aquel pueblo había una fábrica de pólvora, estaba húmeda é inservible; Morelos dijo al correo que al otro día haría una visita á Galeana, que lo esperase por Cuauhtlapa.

En efecto, la mañana siguiente, en medio del más empeñado tiroteo, y cuando entreveían los españoles insolentes una victoria, suena repique á vuelo en la Parroquia de Tixtla, los realistas lo interpretan como un ardid, para excitar al entusiasmo insurgente, y casi tocaban con la mano las trincheras, preguntando con mofa si estaban locos, cuando el cañón "Niño" tronó á sus espaldas en una altura.

Volvieron el rostro y vieron al señor Morelos con el lanzafuego aún en la mano, porque él había disparado tiro tan certero.

Los soldados insurgentes respiraron aquel aire de victoria que rodeaba á Morelos: los vivos llenaron el viento; las músicas y el repique alegraban las almas; quisieron los realistas formar cuadro; pero saltando la trinchera entre una nube de humo, y blandiendo su lanza Galeana, se arrojó entre ellos, los desordenó violento como el rayo; acudieron sus fieles soldados, y los lanceros impetuosos de Morelos, y entonces la derrota fué completa y la carnicería horrible: quedaron en el campo lagos de sangre; corrían al acaso caballos sin jinetes, y veíanse revolver los heridos en el suelo; hicieron los insurgentes cerca de ochocientos prisioneros, doscientos muertos, recogiendo, además, equipajes, municiones y víveres. Nada faltó para hacer brillante esta victoria, ni la muerte de un traidor, porque fué cogido prisionero "Gago" el de Acapulco, y mandado fusilar al instante.

En la noche de ese día dictaba Morelos á su Secretario una carta dirigida á Rayón, en la cual, entre otras cosas, le decía:

"Hasta esta fecha, 16 de Agosto de 1811, he tenido veintiséis batallas, veintidós ganadas completamente, y en cuatro hice una retirada honrosa."

Lejos de envanecerse con una carrera

triunfal, magnífica y feliz, que hacía ondear el pabellón insurgente en casi todos los puntos del Sur de la provincia de México, con un ejército que lo adoraba como á un padre, y con un prestigio robusto y prepotente, manifestó en la administración civil un juicio y un talento admirables: "su primer principio fué no hacer variación ninguna en el estado de las cosas, limitándose á remover las personas que no le inspiraban confianza, para lo cual nombró intendentes y subdelegados; pero la administración de justicia y la de hacienda continuaron en los términos establecidos por las leyes, sin permitir que los Comandantes se arrogasen ni la una ni la otra, como sucedía frecuentemente entre los jefes insurgentes que no estaban bajo sus órdenes; tampoco se permitía á los jefes militares imponer contribuciones, ni molestar á los habitantes con vejaciones arbitrarias, tan comunes en otras partes, y que habían hecho odiosa la insurrección."

La junta de Zitácuaro entendía inmaduramente en el sistema político, en los momentos que se disputaba palmo á palmo el terreno, y cuando no había aún noción de que fuesen representantes aquellos miembros.

Deseaba el señor Morelos el establecimiento de un gobierno; pero lejos de convertirse en intérprete arbitrario de la voluntad nacional, quería que fuese esta declaración obra del pueblo, cuya soberanía reconocía.

Rehusó reconocer el título hipócrita que tomó la junta de Zitácuaro, de representante de Fernando VII; y aunque esto se quería paliar como medida de convención y de una política sagaz, el señor Morelos no quiso que aquel Cuerpo tuviera otros títulos que los que le otorgase la espontánea voluntad de los pueblos en el goce de sus derechos.

Estos rasgos pintan el instinto de la política verdadera, como agente de la felicidad común, y no como el arte de la superchería y del engaño. En nuestros tiempos hemos visto muchos sucesores audaces de las pitonisas de la antigüedad que quieren



interpretar los oráculos de su divinidad, el pueblo, en quien no creen más que cuando los incensa, ó se deja alucinar con sus doctrinas.

## VI.

Grato para mí sería poderme detener en la relación de las victorias del señor Morelos, que sucedieron á las de Tixtla.

Chautla, Izúcar, Tenancingo y otros pueblos aclamaron su nombre victorioso, lo vieron terrible en medio del calor de la batalla, lo admiraron en el campo de Tenancingo, enfermo, sobre una caja de guerra, en medio de las balas, dando sus órdenes tranquilo y risueño, como si asistiese á un festín; allí también lo vieron partir su alimento con el soldado indio, que abría su corazón salvaje y oprimido al rocío de una amistad generosa y franca.

Pero ha llegado Morelos á Cuautla de Amilpas; y quiero descansar con mis lectores mientras la pluma fácil del señor Mora nos describe aquel lugar, donde germinaron tantas hazañas.

“La población está formada sobre un terreno de poca elevación, que domina las cercanías á considerables distancias, y á las inmediaciones de la línea interior en que terminan las casas, se hallan grandes plantíos de plátanos y arboledas espesas: su mayor extensión es de Norte á Sur en poco más de media legua, y su anchura de Este á Oeste no excede de un cuarto de legua. En la parte del Oeste corre de Norte á Sur una atarjea de mampostería, de vara y media de espesor, que va gradualmente elevándose de doce á catorce varas, y termina en la hacienda de Buenavista: entre el pueblo y las lomas de Zacatepec, que se hallan al Este, corre el río cuya caja es de más de doscientas varas; pero cuya corriente, aunque abundante y rápida, no ocupa por lo común sino una parte muy corta, ciñéndose á un canal de doce á quince varas.”

En los primeros días de Febrero de 1812, salió de México Don Félix María Calleja, con dirección á Cuautla, al frente de un

ejército que había llenado de terror el Bajío: el 18 dejó el campo de Pasulco, con el objeto de reconocer á Cuautla, y el 19 formalizó su primera tentativa de asalto.

Desde una altura percibió el ejército el General Morelos, que platicaba festivo con sus oficiales.

—¿Está usted cierto de lo que me dice, curita? Dirigía esta pregunta á un hombrecillo de mediana estatura, rubio, picado de viruelas, y con sus ojos azules llenos de viveza y expresión: era Matamoros.

—¿Cómo si estoy cierto? Son más de ocho mil hombres; uno á uno no hemos de dejar ninguno, y si no, permítame usted que les vaya á saludar, ¡por vida de...!

—¡Coronel! Guarde usted sus bríos para “Buenavista,” y cuidado con el nombre: no hay que cegarse por nada de esta vida. ¿Y dígame usted, señor Galeana, San Diego qué tal está de fortificado? porque lo que de noche se hace... .

—Es cierto, señor, se trabajó toda la noche; pero no por eso está mal.

—¡Hola! ¡Hola! Vean ustedes, dijo con interés Morelos, parece que tiene mucha prisa de saludarnos Calleja; forzoso será dar nuestras órdenes para recibirlo. ¡Mi escolta! ¡Dragón, acerca mi caballo!

Galeana se puso al paso del General, y aunque dócil y tímido en su trato, le rogó encarecidamente no se aventurase en un reconocimiento imprudente

—“Déjeme usted, Galeana, sólo voy al “Calvario á reconocer con mi antejo al “enemigo.”

—Acompañaré á usted, mi General, replicó el valiente.

—No, no es necesario; voy de paseo.

Y el invencible Galeana se mordió en silencio los labios, y pesaroso dejó alejar á su amado General al frente de su escolta.

—Está visto, dijo casi con las lágrimas en los ojos y sin perderlo de vista, va á ser una de las tuyas; ¡y estar yo aquí!

—¡Hola! Señor oficial, continuó, mande usted poner al momento vigías en las torres, que observen al General.

Paseábase inquieto Galeana cerca de su caballo, reprimiendo sus tentaciones de